

CALQUETZANIME

“Los que construyen casas”

Alejandro Villalobos Pérez*

Introducción

La Arquitectura Prehispánica Mesoamericana puede definirse por el número de ejemplos con que contamos en la actualidad, esta apreciación meramente cuantitativa, permite a un sector académico y profesional de nuestra sociedad implementar sistemas de registro y programas de protección de este patrimonio a partir de su conocimiento e investigación. Para ello, ha sido necesaria la instrumentación de estrategias tendientes al descubrimiento e inventario de sitios arqueológicos con presencia de arquitectura, no solo monumental, sino de géneros diversos, entre los que podemos incluir al habitacional o doméstico. Así, el estudio de la arquitectura producida en la superárea cultural denominada y cuyo objetivo primordial es no sólo dar a conocer, sino proteger los objetos arquitectónicos edificados por una parte fundamental de nuestras raíces culturales.

Hasta el momento no había encontrado un espacio para comentar lo que a gran cantidad de gentes preocupa, muchos alumnos, conocidos y colegas se han acercado a mí preguntando si he leído las novelas sobre la vida indígena que ocupan importantes lugares de popularidad ¿es cierto lo que dice Azteca?, ¿ya leyó a Madariaga?, ¿Oye,

Demetrio Sodi, qué tan bien documentado está?, ¿qué opinas de la Malinche? Una novela es mayormente leída conforme más satisfecho deja a sus lectores, si cabe una analogía en esta situación, me permito contestar: ¿que tan satisfecho te ha dejado su lectura? Mientras que para ser investigador hay que invertir varios años de nuestra vida y con ello satisfacer algo de nuestra natural curiosidad por el pasado; un joven de esta generación puede satisfacer su curiosidad sobre el mundo prehispánico una vez concluida su lectura de “Azteca”, un domingo en Teotihuacan o con una buena dosis de cápsulas informativas en un canal de televisión.

Existen novelas exitosas –por sus ventas- donde los ámbitos indígenas son reconstituidos con lujo de detalle, en el mejor de los casos fundamentados objetivamente, en el peor, desplegando erudición imaginativa que sumerge y baña a los personajes con un halo de inocencia, impropia de nuestra vertiginosa vida cotidiana; el mundo precortesiano es caprichosamente trazado como evocación de algo irremediablemente perdido; en una novela se hace de los personajes indígenas, lo que nuestra sociedad nunca les permitirá volver a ser: reyes, señores, noble y príncipes guerreros; limitándolos a meros espectadores de un mundo que queda confinado en el tintero de unos cuantos. No hay compromiso social más allá de la conmisericordia del indio de nuestros días, de testificar y contribuir a su marginación y paulatina integración a los contextos civilizados, que es sinónimo de desaparición y extinción. Quizá se haya hecho de nuestros ancestros lo que estamos imposibilitados de garantizar a las futuras generaciones.

* Maestro en restauración de monumentos, profesor asociado a la línea de doctorado en arquitectura mesoamericana; DEPA UNAM.

Escritores de novelas e investigadores tenemos un factor común, aunque algunos colegas lo nieguen rotundamente, quizá por pretender evadir alguna analogía o equiparación. Este factor común es la posibilidad de ser leídos, aún cuando nuestros temas y procedimientos sean en ocasiones diametralmente opuestos. Mientras la novela inicia su lectura con la descripción de una escena o lo profundo de un pensamiento anidado en algún personaje, el documento técnico abre sus líneas con una semblanza histórica; carente de personajes, la investigación arqueológica o de arquitectura histórica es ilegible para muchos lectores. Si existe una diferencia radical entre novelistas e investigadores, es justamente que los segundos son menos leídos que los primeros.

Mientras el novelista ansía ser leído (*porque de ello depende el sustento de su familia y editor*), el investigador no persigue tal fin debido a que de antemano ha satisfecho su natural curiosidad científica y en general, es proporcionalmente mayor la información y experiencias capturadas que aquellas que se publican.

Quizá el lector no encuentre el vínculo entre las líneas anteriores y la materia de nuestra exposición, sin embargo es muy clara la relación entre la literatura accesible a un público general y la configuración de un concepto sobre “lo indígena”, esta exposición no pretende ser una descripción evocadora de un momento de nuestro pasado, por el contrario, su intención es la de informar, con el firme propósito de no incurrir en campos novelescos o de personajes envueltos en sátiras sociales, sino de llevar al lector a través de una historia escrita en los edificios y cuyo personaje

es el espacio capturado por la Arquitectura.

Algunas consideraciones preliminares.

Existe un número considerable de disciplinas ocupadas en el conocimiento de las culturas prehispánicas, de entre ellas, la Etnohistoria, la Antropología (física y cultural), la lingüística y la arqueología, juegan un papel importante en cuanto a la provisión de datos directos sobre las sociedades que habitaron nuestro territorio en épocas previas a la llegada de los conquistadores. Por su parte, la Historia de la Arte, cuenta con especialistas en este campo; sin embargo su trabajo se ve circunscrito a una especie de objetos producidos por estas sociedades, siendo sus resultados en esta materia, sumamente limitados al atender preferentemente las formas que las funciones sociales –en contexto- de los objetos que estudian. Si bien “...el arte no es producto ‘extranormal’ sino parte integrante de un todo cultural”. (Ciprés; 1989:10); el historiador del arte prehispánico “presiente ese todo”, pero sus conclusiones poco lo aproximan a él.

Por otra parte los Arquitectos tenemos una larga trayectoria en el campo de la investigación histórica, desde la época de los anticuarios y viajeros, las aportaciones que dieron origen a la Arqueología contemporánea gravitan sobre trabajos de Arquitectos no sólo producidos en el gabinete, sino en auténticas exploraciones que hoy se constituyen en la base de infinidad de estudios sobre objetos que los arqueólogos han constituido en su

materia empírica de trabajo. La vinculación entre la labor del arqueólogo contemporáneo y la de los arquitectos se vuelven a estrechar después de algunos años en que las opiniones eran, en ocasiones, diametralmente opuestas; de ello habla la creciente población de Arqueólogos en nuestro Posgrado de Arquitectura, tanto al nivel de maestría como doctorado y que, dicho sea de paso, constituyen la población más grande de estudiantes de una especialidad distinta a la de arquitectos.

Ahora bien, independientemente de la especialidad, el terreno común de las disciplinas que hemos mencionado, se refiere a los objetos producidos y a los contextos donde habitaron las sociedades prehispánicas y que, en una proporción considerable, se ubican en sitios arqueológicos con presencia de Arquitectura (doméstica o monumental).

La Arquitectura y Urbanismo Mesoamericanos son así objetos de estudio de tres áreas del conocimiento: la Investigación Arqueológica, la Arquitectónica y Urbana; entablando entre sus miembros una dinámica profesional que en los últimos años, ha encontrado en la conservación y restauración de los objetos monumentales, un punto de contacto concreto.

Tradicionalmente, la historia de la Arquitectura occidental ha sido interpretada como la historia de los arquitectos; a diferencia de ésta, la Arquitectura Mesoamericana carece de protagonistas, en estas condiciones es necesaria la aproximación a esta arquitectura por vías que poco tienen de biográficas y mucho de arqueológicas.

Por su parte, la historia de las formas, basada fundamentalmente en el estudio

de los estilos, no ha sido aceptada como la alternativa apropiada en el trabajo de investigación, ya que limita la labor de campo a un registro de datos para la inserción de un edificio en algún estilo arquitectónico predeterminado; esta situación atiende preferentemente a las formas ornamentales y se aproxima más a una historia del arte aplicada a los edificios, donde estos son analizados desde una fracción externa del todo arquitectónico y que poco considera la fracción concreta, referida al sistema constructivo gracias al cual la arquitectura existe y se mantiene en pie.

La consideración de un edificio prehispánico como objeto producido en un contexto social y con implicaciones de orden económico e ideológico, ha contribuido y enriquecido las perspectivas que hasta ahora se han tenido sobre la Arquitectura Prehispánica. La función social del edificio es tangible en el contexto donde originalmente fue producido, su papel como satisfactor de una demanda surgida de la estructura social es innegable; aún cuando también estemos presintiendo estas atribuciones, la producción de arquitectura desencadena mecanismos donde la toma de decisiones sobre su origen y destino tienen la implicación social, de esta manera, estamos hablando de edificios y conjuntos arquitectónicos con una función concreta en términos de quienes le produjeron y no circunscribimos nuestro trabajo a la descripción de "templos" y "centros ceremoniales" lo que nos lleva a adjudicar a sus constructores la religiosidad como único móvil de producción. Hubo más que devoción y misticismo en las jornadas emprendidas por los constructores de los conjuntos urbanos mesoamericanos, sin negar totalmente que las iniciativas

sobre la existencia de algunos ejemplos de esta arquitectura puedan estar vinculadas a fines de reforzamiento ideológico.

Para cerrar este apartado, es necesario considerar que la Arquitectura Mesoamericana no es la historia de sus arquitectos, como tampoco es un inventario de sitios arqueológicos y mucho menos un librote postales con interpretaciones estilísticas, sino que se trata de una expresión material de la cultura y cuyo estudio debe estar estrechamente vinculado a la asociación de ésta en términos específicos de producción, determinados por sus dimensiones de espacio y tiempo.

Antecedentes

Lo que hemos podido apreciar a través de la investigación en Arquitectura Prehispánica, nos permite articular elementos que en forma unificada se manifiestan de una u otra manera en las distintas producciones arquitectónicas; llevando a cabo estudios sistemáticos sobre estas producciones a lo largo de sus diferentes etapas de desarrollo, así como en estadios de tiempo determinados, es posible percibir elementos de forma y sistema constructivo que se inscriben a cierta unidad de producción; esto es, existen elementos fundamentales, básicos o primarios que parecen mantenerse presentes aún cuando el grupo cultural productor tenga una filiación etnográfica de aquel que generó en su tiempo determinada solución arquitectónica.

Ilustraremos algunos ejemplos acerca de lo anterior; un caso típico de la Arquitectura Prehispánica, como

elemento presente en diversas fases culturales, así como en regiones distantes una de otra, es el llamado sistema Tablero/Talud; al llevar a cabo la secuela correspondiente a este elemento arquitectónico se ha podido detectar su presencia a lo largo de más de mil años en forma precisa y casi dos mil, con datos aún insuficientes. Elementos como el tablero/talud son diagnósticos de tradición arquitectónica presente a lo largo del desarrollo cultural en Mesoamérica.

Como es sabido de todos nosotros, a la llegada de los españoles, el grupo cultural que dominaba la escena del mundo prehispánico eran los mexica, también llamados aztecas, nos ocuparemos de este caso para ilustrar nuestra exposición, debido a que, es de este grupo, del que se cuenta con mayor número de datos escritos y documentales. Expongamos ahora la etapa de desarrollo en que se encontraban los mexica para la época del contacto español, no sin antes tratar de identificar el lugar que ocupa la arquitectura mexica en el contexto de la tradición arquitectónica mesoamericana (Villalobos; 1982:104).

Por su parte la arquitectura mexica, se inscribe en un proceso de desarrollo como síntesis de la tradición antes mencionada en cuatro etapas significativas (Villalobos; 1985:59).

1. Periodo del Asentamiento: La arquitectura mexica, desnuda de monumentalismo, resuelve programas básicos con profundas raíces en el género habitacional y un incipiente género monumental y administrativo como extensión del primero; de Acamapichtli a Izcóatl: 1370-1430 d.C.

2. Periodo de Autonomía y expansión: Se consolida un género monumental como distintivo del carácter arquitectónico mexica-tenochca que a su vez produce un género de exportación con apego a la forma externa de la arquitectura central, surge así la arquitectura regional con programas resueltos con materiales y técnicas locales; de Izcóatl a Ahuízotl 1430-1502 d.C.
3. Período de Descentralización Arquitectónica: Bajo un esquema productivo propio, la arquitectura mexica llega a las postrimerías de su desarrollo. El mantenimiento y conservación de la Arquitectura Central desplaza nuevas iniciativas de obra, adquiriendo la arquitectura regional mayor promoción y calidad de construcción; de Ahuízotl a Moctezuma II: 1502-1519 d.C.

Existe un cuarto período de desarrollo arquitectónico y que corresponde a la época posterior a la conquista española, donde la mano de obra capacitada es integrada a la empresa evangelizadora de las órdenes mendicantes y a través de su participación en la edificación de conventos y obra civil novohispana; esta etapa no es materia del presente artículo, aún cuando su estudio resulta de primordial interés para la comprensión del fenómeno generado durante el siglo XVI en la Nueva España. (Villalobos; 1988:59-65)

Si consideramos que la arquitectura mexica se encontraba en proceso de descentralización, esto es, desarrollando su mayor capacidad constructora en las provincias del imperio y destinando obras de mantenimiento y conservación a la capital y a la llegada de los

conquistadores, podemos tener una mejor perspectiva de los acontecimientos en torno a la producción arquitectónica suscitada posterior a la ocupación española. Con esta descentralización no sólo se exporta la forma arquitectónica sino la capacitación de la mano de obra local por los canteros y constructores mexica, quienes poseían una herencia escultórica procedente de Chalco, Coyoacán, Culhuacan y Tepetanco (Aguilera; 1977:80-81); algo así como los portadores de una tradición que podríamos llamar tetelepanquemecáyotl o “conjunto de valores atribuibles a quienes se ocupan de trabajar la piedra”; agregando por su puesto las tareas complementarias en la producción de edificios públicos y monumentales.

Estos edificios tendrían la función de sedes de las representaciones mexicas en las provincias adheridas a la expansión, presididas por el respectivo Calpixque o intendente regional. Esto nos aproxima a una explicación del porque, a la llegada de los españoles y aún lejos de la propia capital, se encontraban gran cantidad de sitios cuya arquitectura comparte elementos mexica, así como mano de obra parcialmente capacitada en edificación con este carácter.

Los constructores mexica.

El constructor indígena precortesiano es, a partir estas consideraciones, un personaje cuya ubicación en algún estrato específico del marco específico es un poco confusa a primera vista; sin embargo, intentemos su identificación primeramente como gremio para así

aproximarnos al personaje en el contexto central y regional.

A la sociedad mexicana subyacen dos estratos o grupos sociales básicos: Pipiltin (nobleza) y Macehualtin (comunidad popular), al interior de los cuales encontramos un sinnúmero de categorías sociales ocupadas en actividades específicas, genéricamente llamados calpullis; ahora bien existen relaciones entre estos en ambos sentidos, por ejemplo: las iniciativas provenientes del estrato superior con respecto a la comunidad popular se denominan "linealización" debido a que determinan el control jerárquico y la dosificación de recursos para ser llevadas a cabo; por otra parte en sentido opuesto, la "promoción" de los estratos inferiores hacia los superiores era privativa solamente de algunos grupos donde la linealización encontraba el primer paso a su ejecución (Flannery, 1975:38)

Para el caso de la producción de arquitectura en el contexto de la sociedad mexicana, los grupos que reciben una iniciativa directa, es decir, los constructores, pueden encontrarse en un estrato intermedio o transitorio, debido a que su labor permite un aparente flujo entre ambos estratos básicos: pillis y macehuales. Como veremos a continuación, no solo el gremio de constructores podría ocupar un estrato transitorio, si consideramos que al emprenderse una conquista territorial o tributaria, se desencadenaba todo un mecanismo social dirigido a la expansión, el papel de los miembros de la sociedad adquiere características especiales y estrechamente vinculadas entre sí.

Si una iniciativa del poder central iba dirigida a la expansión territorial, en una primera etapa, esta sería materia del gremio de comerciantes o pochteca, quienes a manera de avanzada de reconocimiento, traían al centro toda clase de información en torno a los lugares visitados (Sahún, 1975: Lib. IX-Cap.II; PP. 490-492), Los mismos comerciantes podrían convertirse en el sebo para provocar una afrenta o conflicto; en una segunda etapa, se planteaba la conquista física, los guerreros y toda la estructura militar (según el caso) participaría activamente en esta empresa expansionista, imponiéndose físicamente a los grupos locales a los grupos locales. La guerra, como institución social, puede en apariencia concluir en esta etapa; sin embargo el pago de tributos, los enlaces y ligas de parentesco, así como la garantía del orden social mexicano, serán algunos efectos producidos por esta imposición. (Lamerlas; 1985: 156-162).

Una vez consumada la presencia mexicana, incluso con el envío de familias enteras que habitasen los lugares conquistados (Stocker; 1988:391), era el gremio de los tetlenpaques o constructores los que ocuparían la etapa Terminal de la expansión, imponiendo la presencia física por medio de la edificación de obras con apego formal al mismo concepto arquitectónico de la capital.

Promoción significa, en estos términos, la posibilidad de uno o más personajes de un estrato, de optar por mejores condiciones sociales, a través de su desempeño como miembro de un gremio; en estas condiciones el Calquetzani, receptor de iniciativas provenientes del seno del poder y al mismo tiempo de ejecutor e

instrumentador de obras, puede eventualmente representar el gremio constructor en este estrato transitorio, ya que acuerda al margen de dos instancias: aquella que genera la iniciativa de construcción –tlatoani, ciahuacóatl, tlatocáyotl, etc.- y quienes ejecutan físicamente la obra –calmananime, tettepanqueme, tlacuilolli, etc.-; agregando por su puesto que el Calquetzani podría provenir de alguno de estos grupos de oficiales.

La tributación arquitectónica.

La ejecución de obras arquitectónicas regionales requiere en su instrumentación de una sistemática organización del trabajo, tanto retribuido como tributario, exportado y local; el primero, provenía de los gremios oficiales del centro y se ocupaba básicamente de la captación de aquella mano de obra local, su retribución –no propiamente un salario en nuestros términos- consistía no solo en el sostén de su estancia en el sitio, sino de la promoción a mejores condiciones de vida y la autorización del uso de insignias especiales durante las fiestas cívicas.

Por otra parte, el trabajo tributario de organizaba por tareas específicas, en este caso se contaba con fuerza de trabajo gruesa en volumen considerable, más la posibilidad de su adiestramiento dependía de su experiencia previa a la llegada y ocupación de los mexica, así como de su disposición al trabajo, ya que se tienen noticias de conflictos muy serios al respecto de enfrentamientos y negaciones de contribuir a las edificaciones consideradas como públicas y dentro del género de

Arquitectura Regional (García Payón; 1946;5-6), a este sistema de tributación arquitectónica a través de la provisión de mano de obra se le denomina Coatéquitl.

Este trabajo tributario se imponía a aquellos constructores de la localidad conquistada, en primera instancia; en caso necesario, se exigía la participación del resto de la población en el Cuatéquitl, convirtiéndose los trabajadores en tequitquinime –obreros sujetos al impuesto o tributo- y, según el volumen de obra, podría requerirse del reclutamiento de algunas poblaciones vecinas, según la especialidad de cada una de ellas; toda esta actividad era regulada por el Calpixque, Calpixqui o intendente regional (Nah: Calli-casa/Pia: Guardar, gobernar, dirigir/ “el que guarda, gobierna o dirige un pueblo”) quien decidía sobre lo que hoy podemos interpretar como programas arquitectónicos de su localidad, en acuerdo estrecho con el Calquetzani (Nah: Calli-casa / quetzani-facturar, construir, levantar “El que construye casa”).

La mano de obra

Las obras públicas mexicas, incluyen géneros diversos y, circunstancialmente, tareas constructivas variadas, sin embargo esta esencia del trabajo no retribuido sino como legitimación del sujeto como parte activa del sistema, prevació hasta muy entrada la colonia y persiste aún entre grupos indígenas contemporáneos (tal es el caso del Téquio, sistema de organización para producción de obras del bien común, presente entre los grupos de la zona mixteca baja); podemos decir al

respecto que poco intervino la conquista española en la transformación de la organización del trabajo tendiente a la edificación de obras públicas o del bien común, consideradas dentro del género arquitectónico central y regional.

El Coatéquiltl, como estructura laboral generalizada en todo el territorio con influencia mexicana, formará parte de las actividades tributarias, no ya de productos o materiales, sino de mano de obra y fuerza de trabajo. Estas actividades contaban con un sistema de organización vigesimal, al igual que los sistemas calendáricos “Tonanpolhualli o Tonalámatl” y de medidas “Milcocolli”; de esto se tiene noticia al identificar en una obra novohispana, la utilización de 340 obreros para el transporte de 17 vigas. (Gibson; 1983:227 y Rojas R.; 1986; 135-150).

Existen pocos casos de trabajadores no asalariados de tiempo completo, ya que, sabemos, el Coatéquiltl reclutaba personas de tiempo parcial; excepto en aquellos casos que la obra tenía una duración considerable como la edificación de Teocallis (templos), Teccallis (casa habitación suntuarias o palacios) u obras urbanas de infraestructura, educación o espacios comunitarios.

Como se ha dicho anteriormente, el Coatéquiltl o Tequiutl, trascenderá más allá de la conquista y permanecerá como organización del trabajo -tradicionalmente- no asalariado y con modificaciones poco significativas, hasta nuestros días; su filosofía es la producción de obras del bien común, aplicando, según su magnitud, jornales de tiempo parcial de manera que no afecte la economía especializada predominante en la localidad; en caso

de grandes obras se permite -y solicita- la participación de otras localidades, generando con ello una intensa dinámica en el sistema de poblaciones próximas entre sí, situación proveniente quizá, desde tiempos remotos.

Aproximación a las herramientas y técnicas constructivas.

La Mesoamérica Prehispánica desconocía el uso de los metales para la obtención de herramientas, esto no excluye a la metalurgia que más bien tuvo eventuales aplicaciones entre grupos del occidente; purépechas (*también llamados tarascos*) y cuya tradición del trabajo del cobre aún llega a nuestros días. Esta situación permitía que las obras escultóricas y arquitectónicas tuviesen características muy particulares; incluso, este aspecto ha sido motivo de la denominación de “barbarie” al estado de evolución cultural que abarca la época prehispánica, bajo la perspectiva occidental decimonónica.

Ciertamente, la herramienta indígena consistía en piedras cuyas características de dureza superaban a aquellas sobre las que se trabajaba o se esculpía, en el caso de cinceles –las herramientas más difundidas- los basaltos andesíticos eran los materiales más utilizados; sin embargo, las arenas en su función abrasiva jugaban un papel decisivo en el acabado de las esculturas que una vez terminadas, lucían una fina cubierta de estuco y pintura; generalmente asociada a la filiación de la deidad u objeto trabajado.

Otras herramientas que han llegado a nuestros días –como objetos

arqueológicos-, son las llanas para aplanado; los materiales usados para su fabricación eran rocas cuyo peso específico era menor que el utilizado para otros artefactos, nos referimos a tezontles y escorias volcánicas. Las plumas se conocen en piedra y cerámica. Por otra parte, la madera debió ocupar un lugar importante en la construcción de obras públicas y habitacionales, sin embargo, pocos ejemplos existen de este material ya que su conservación requiere condiciones especiales de contexto arqueológico, su función fue básicamente la de absorción de esfuerzos a flexo-compresión y librar claros en vanos a manera de dinteles, morillos, jambas, vigas o gualdras.

Para hacer una reconstitución hipotética del proceso de edificación de un edificio prehispánico, son necesarios muchos más elementos de los que contamos en la actualidad; esto, por supuesto, referido a un gran modelo reconstructivo, más existen ejemplares particulares donde se pueden apreciar las distintas etapas y secuencias constructivas: la arquitectura del altiplano y del área maya son las que – por su estudio-, permiten estas aproximaciones de manera más concreta.

Una de las características de esta arquitectura, es la pasividad del volumen y su predominio sobre el espacio interno, esto se lograba con el aglutinamiento de grandes cantidades de material y rellenos confinados en cajones de mampostería con junta de barro; así como del aprovechamiento de estructuras ya existentes a manera de núcleos, lo que recibe el nombre de superposición. Una estructura podía contar con un número determinado de superposiciones hasta alcanzar

dimensiones colosales; esta adición progresiva de edificios en un mismo lugar, obedecía más bien a iniciativas de orden jerárquico que a ciclos establecidos, antiguamente se creía que a cada superposición correspondía un ciclo de 52 años (Marquina; 1935:45) sin embargo, se ha comprobado en excavaciones recientes que las placas conmemorativas de erección de un edificio superpuesto, corresponden por escaso margen a cambios de gobernante, mismo que seguramente buscó, además del prestigio de su administración, fundamentar el poder de su política en aquellas que le precedieron.

Finalmente podemos considerar que la arquitectura mexicana, como ejemplo del último episodio de la época prehispánica, sintetiza un orden social estrechamente vinculado a la ideología, al integrar Urbanismo, Arquitectura, Escultura y Pintura en un todo organizado y expresivo; el espacio urbano, configurado por elementos arquitectónicos, será sede de la identificación de los valores ideológicos de la sociedad.

Consideraciones finales.

Por el momento, y salvo nuevos trabajos sobre esta temática, la historia de los arquitectos prehispánicos tiene paralelo a la historia de sus edificios, conjuntos y centros urbanos. Por el momento también, “hacer historia de la arquitectura mesoamericana, no es hacer historia del arte prehispánico”, como se argumenta en libros de amplia difusión en nuestros cursos de análisis histórico-crítica de la Arquitectura Mesoamericana expresa una vocación

comunitaria a través de los sistemas y procedimientos constructivos presentes en sus edificios, igualmente representa, en su contexto, un objeto cuya función social puede estar estrechamente vinculada con la sede de la ideología y orden del espacio circundante. Para nosotros, el espacio arquitectónico mesoamericano se perfila como un objeto cultural, abstraído del orden de la naturaleza y justo intermediario entre el hombre y su entorno.

Sus dimensiones de espacio geográfico y tiempo, nos llevan a identificar los elementos por los que esta arquitectura existe y trasciende a través de las generaciones, no como espacio simplemente comunitario, sino como sitio de comunión física y espiritual.